

Carta del Director de la Revista

Hace mucho tiempo que me preocupa la brecha tecnológica que crece y se profundiza aceleradamente entre la Argentina y el mundo desarrollado en todos los niveles científicos y técnicos. Hace pocos días una paciente me comentaba que conocía a una pareja de distinguidos profesionales, profesores titulares de una materia básica de una carrera de enorme trascendencia para el país. Reconocidos internacionalmente, son invitados permanentemente a dictar conferencias en el exterior y publican trabajos en las más prestigiosas revistas extranjeras de su especialidad. Ambos miembros del CONICET perciben un sueldo de \$ 900. Resolvieron emigrar y fueron contratados por una universidad europea con un sueldo de 5.000 euros cada uno. Creo que este dramático ejemplo pone claramente de manifiesto la tragedia que significa para un país la emigración constante y progresiva de sus profesionales más destacados en diferentes ramas del conocimiento humano. ¿Es que nuestras clases dirigentes no han comprendido aún que el futuro del crecimiento en el mundo globalizado y transnacionalizado en el que nos toca vivir dependerá cada vez más del desarrollo de la ciencia y de la tecnología? ¿Es imaginable que resulte imposible generar un proyecto nacional de crecimiento con inteligencia y capacidad creativa de comprensión acerca del futuro? ¿O es que nos daremos cuenta cuando sea demasiado tarde y hayamos perdido el tren irremediablemente? ¿Llorará entonces la clase dirigente de lágrimas de cocodrilo por el paraíso perdido?

Hace algunos años, el Dr. Juan Carlos Romero, distinguido médico argentino que dirige el Departamento de Hipertensión Arterial de la Clínica Mayo (Rochester, EE.UU.) me decía: "La gente piensa con frecuencia que en la Clínica Mayo hacemos investigación porque tenemos mucho dinero; es exactamente al revés, tenemos dinero porque hacemos investigación". Y es exactamente así, pero aparentemente incomprensible para nuestros dirigentes: la investigación científica y tecnológica constituye una de las bases primordiales en el crecimiento económico de todos los países del mundo desarrollado y de muchos en proceso de desarrollo (Corea del Sur, Irlanda, el propio Brasil). Todos ellos dedican a Investigación y Desarrollo un porcentaje mucho mayor del PBI que nuestro magro y vergonzoso 0,5%.

Pero existe un problema adicional y es la tendencia de los médicos argentinos y en particular de los cardiólogos (que son a quienes mejor conozco) a aplicar modelos y tecnologías absolutamente inalcanzables para la inmensa mayoría de la población de nuestro país. Es sumamente estimulante realizar una angioplastia primaria en un infarto agudo de miocardio, sin duda es la forma más eficiente para repermeabilizar la arteria responsable del infarto. Pero, ¿cuántos centros médicos en la Argentina están en condiciones de realizar dicha práctica dentro de límites razonables de seguridad para el paciente sobre la base de una amplia experiencia del operador? ¿Debemos entonces pontificar en todas las reuniones cardiológicas acerca de las tremendas ventajas de esta práctica cuando una mínima parte de la población del país tiene acceso a ella? Parece no haber dudas de que los stents recubiertos con drogas (sirulimus, p. ej.) reducen significativamente el porcentaje de reestenosis por angioplastia. Pero, ¿quién puede pagar los U\$S 3.000 o 3.500 que cuesta este elemento? Está claramente demostrado que la rTPA y similares son trombolíticos superiores a la estreptoquinasa en cuanto al porcentaje de reapertura del vaso trombosado, pero el precio varía de U\$S 2.000 la dosis (rTPA) a U\$S 200 (ETQ). ¿Es posible entonces seguir presionando frente a los diversos auditorios médicos a favor de un agente o un grupo de agentes que cuestan diez veces más que la modesta estreptoquinasa y que en la situación económica del país son absolutamente inalcanzables para el 90% de la población? Lo mismo podríamos decir respecto de los desfibriladores implantables y de los sistemas de resincronización ventricular para tratar formas severas de insuficiencia cardíaca. La lista podría extenderse mucho más, pero creo que con los ejemplos mencionados alcanza para darse cuenta de que lamentablemente en nuestro país existen dos tipos de medicina, una de las cuales está fuera del alcance de la inmensa mayoría de la población, ya que si a lo ya dicho agregamos el costo en permanente alza de los medicamentos y la situación desesperante del PAMI y otras obras sociales y el desabastecimiento de los hospitales públicos la situación sanitaria de la Argentina está alcanzando límites alarmantes de deterioro.

Deterioro de la salud por una parte y desatención a los problemas del desarrollo científico-técnico por la otra, con la ola creciente de emigración de jóvenes científicos en busca de mejores horizontes que antes mencionáramos, dibujan un panorama siniestro del cual debemos tomar concien-

cia todos aquellos que tenemos alguna responsabilidad intelectual dentro de la sociedad tratando de pensar colectivamente cómo podría revertirse esta situación hacia horizontes más promisorios.

Dr. Raúl Oliveri